

# El diario rojo de Carlota

GEMMA LIENAS



No es estrictamente un diario, ni tampoco una novela.

¿Qué ocurriría si la explosiva Carlota, protagonista de tantos libros memorables, y Flanagan, el famoso detective, se conocieran, intimaran, establecieran relaciones sentimentales, practicasen sexo y... nos lo contaran paso a paso?

Los lectores pueden asistir junto a Carlota a las primeras experiencias sexuales, disfrutando sobre los aspectos fundamentales de la sexualidad. Nunca un libro ha unido diversión, utilidad, literatura y didáctica de manera tan natural, fresca y directa como este, sobre uno de los grandes temas de siempre.

*A mis chicas,  
Lara, Anabel, Itziar y Mariona*

Las ideas que transmitimos acerca del amor van a determinar el amor futuro. Es terrible que la experiencia que está recibiendo la gente joven es la del fracaso de sus padres. Hay un monopolio de historias de la decepción y el desencanto. No creo que la realidad sea tan monolítica, y deberíamos estimular una narrativa de la felicidad. Hemos de convencernos de nuevo de que otra persona puede ser fuente de estímulo, placer, y plenitud, y no solo de conflicto, desilusión y aburrimiento. No podemos dejar que desde su tumba Sartre continúe convenciéndonos de que «el infierno son los otros». Los otros pueden ser sin duda el infierno, pero también el paraíso, el purgatorio y hasta el limbo.

JOSÉ ANTONIO MARINA, *El rompecabezas de la sexualidad*

## INTRODUCCIÓN

*El diario rojo de Carlota* era una deuda que tenía con las chicas y, de paso, con los chicos jóvenes.

En el pasado, muchas generaciones de mujeres fueron estafadas y tuvieron que descubrir la sexualidad solas, sin ayuda, con muchas dificultades, con sentimientos de culpabilidad y con angustia.

A las mujeres que nacieron a mitad del siglo XX, nadie les contó que tenían una vulva, tina vagina y, menos aún, un clítoris. Eran mujeres asexuadas: a su sexo lo llamaban «culete» o «pipí», y solamente servía, por supuesto, para orinar o parir; nadie hablaba de la masturbación femenina porque se suponía que no existía, cosa que producía una neurosis de «anormalidad» en las que la habían descubierto; la sexualidad femenina se obviaba porque el paradigma femenino era el de la Virgen María, madre —objetivo esencial en la vida de una mujer— sin pasar por la sexualidad... Las mujeres eran, por lo tanto, como los ángeles: no tenían sexo.

Actualmente, la situación ha cambiado: el sexo está en todas partes, desde los anuncios hasta las películas, pasando por las revistas o las páginas web... Por desgracia, sin embargo, hay muchos contenidos sexuales y poca información sexual, incluso, en algunos casos —por ejemplo, en lo que respecta a la pornografía—, podríamos hablar de «desinformación» sexual. Además, aún en la actualidad, las chicas tienen pocas posibilidades de ver un sexo masculino en

erección hasta que se encuentran con él en la vida real, ya que casi todas las imágenes sexuales corresponden a mujeres desnudas y raramente a hombres desnudos. Y también siguen siendo las chicas las que asumen la contracepción; de momento, los chicos no se sienten implicados en ella.

Si a todo esto le sumamos las estadísticas:

- cada 14 segundos un/a adolescente se infecta con el virus del sida en el mundo.
- en 2002, en España, se diagnosticaron 2336 casos nuevos de sida entre los y las jóvenes de 16 a 21 años.
- cada año, en el mundo, 14 millones de adolescentes dan a luz un bebé.
- durante 2002, en España, 400 000 chicas estaban en situación de riesgo de quedarse embarazadas.
- cada año, en España, se quedan embarazadas 12 de cada 1000 chicas de entre 15 y 19 años.

... estaremos de acuerdo en que la gente joven aún necesita mucha información sexual. Por eso he escrito este libro. Por eso y porque me gustaría que las generaciones futuras tuviesen una vida sexual afortunada.

## Capítulo 1

### UNA SORPRESA SALIDA DEL METRO

Di unos empujoncitos laterales para evitar ser aplastada por la masa que me rodeaba en aquel vagón de metro en hora punta. Mientras intentaba sobrevivir, procuraba sacarme de la cabeza a Koert el impresentable, Koert el idiota, Koert el hijodesumadre... Koert el adorable, mi amor. Tenía que olvidarlo. Hacía días que no respondía a mis mensajes de correo electrónico. Parecía que él ya me había olvidado y todo por una pelea de esas tan estúpidas. Tenía que hacerlo desaparecer de mi corazón y de mi cabeza.

Por encima del hombro de un niño contemplé mi reflejo en el cristal de la ventana de atrás del vagón. Sacudí la cabeza y ese movimiento despidió a Koert por la ventanilla; lo vi empequeñecer, empequeñecer, hasta que se lo tragó la oscuridad.

Venga, a otra cosa, pensé, y me concentré en la discusión que se había organizado un rato antes durante la hora de tutoría. Luci, nuestra tutora, nos había hecho preguntas sobre sexualidad, pero no las que acostumbran a hacernos los profesores, sino preguntas distintas, como por ejemplo: «¿Se puede quedar embarazada una chica si tiene relaciones de pie?».

—Nooooo —había dicho mucha gente de mi curso.

—Síiiiiii —había contraatacado ella, abriendo mucho los ojos. Y había añadido—: ¡Sois unos ignorantes!

Luego nos había pedido que le definiésemos qué era una relación sexual.

—¡Follar!

—¿Alguna definición más?

—Meterla hasta el fondo.

—O sea que, para vosotros, chicos, una relación sexual se limita al acto de introducir el pene en la vagina, ¿no?

«Psé», pareció que decían algunos.

—Y vosotras, chicas, ¿qué opináis?

Nos miramos. Yo no supe qué decir. No tenía ninguna respuesta adecuada, porque estaba claro que «relaciones sexuales» tenía que significar algo más, pero no tenía ni idea.

Miriam, que es bastante descarada, contestó sin problemas.

—Mujeeeeer, ya sabemos que hay otras cosas. ¿Te crees que no hemos entrado nunca en una página web porno?

Aquí se había montado un pitote considerable.

—Silencio, por favor. No estoy dispuesta a aguantar este alboroto ni un minuto más. Tenéis que aprender a controlaros, incluso cuando hablamos de algo que os enciende, como la sexualidad, porque quiero usar algunas horas de tutoría para aclararos las ideas. Pero, para eso, necesito que estéis tranquilos. Por ejemplo, quiero haceros entender que la sexualidad no tiene nada que ver con la pornografía. Las imágenes pornográficas sirven para excitar a la gente, pero no son representativas de lo que son las relaciones sexuales.

—Así que, si tu novio te propone hacer algo que ha visto en una página web...

—Te puedes negar tranquilamente, si no te apetece.

La idea me llegó como un relámpago mientras mis manos luchaban por conseguir vinos centímetros de barra cromada: yo también investigaría la sexualidad. Haría como cuando escribí el diario sobre las situaciones de discriminación de género que aún existen en nuestra sociedad<sup>[1]</sup>. Esta

vez, sin embargo, escribiría un diario sobre sexo. El diario... ¿Qué color pegaría? ¿El rosa, que es el del amor? No, demasiado cursi. ¿El rojo, que es el de la pasión? Sí, eso es.

Decidí que, al salir del metro, antes que nada, iría a comprarme una libreta roja para escribir en ella *El diario rojo*, sobre sexo y sentimientos.

Satisfecha con mi idea maravillosa, me colgué la cartera a la espalda y me dispuse a hacer presión para que el bloque de personas que se aglomeraban entre la puerta y yo me dejaran pasar.

Lo conseguí. Con grandes dificultades recorrí el andén hasta la escalera mecánica. ¡Jo! Estábamos llegando a unos extremos preocupantes de superpoblación.

—Circulen, circulen —nos empujaba un trabajador del metro.

El hombre solo cumplía aquel cometido: obligar a los que bajaban del vagón a andar con celeridad y servir de cordón de protección para la gente que esperaba en el andén. Casi como en el metro de Japón...

Puse los pies en el primer peldaño de la escalera mecánica. Delante tenía a un hombre con el pelo muy rizado y oscuro, que llevaba un mono negro y amarillo. Solo tuve tiempo de pensar que no parecía del país, porque en seguida se me fue la cabeza a mi diario. Pensaba quién más, aparte de Luci, podría ayudarme a encontrar las informaciones que requería: no parecía una empresa fácil.

Y, ¡pataplaf!, tropecé con el hombre moreno que tenía delante.

No tuve tiempo de darme cuenta de nada. Por suerte me sostuvieron unos brazos porque, si no, habría ido a dar contra la boca voraz de la escalera mecánica, donde los dientes pueden triturar tranquilamente los zapatos, con pies incluidos.

—Perdón —dijo el hombre moreno, mientras me tiraba de la mano para sacarme de allí.

—¡Faltaría más! —Dije, agradecida de verdad de que me hubiera salvado de ser triturada por los dientes de hierro—. No ha sido culpa suya.

El tipo me sonrió y nos separamos.

Me arreglé la cartera, que se había desplazado ligeramente, pasé por delante de dos guardias de seguridad acompañados de una pareja de perros lobo con unas lenguas larguísimas y húmedas, y traspasé las puertas automáticas, después de que se abrieran ellas solitas, una hacia cada lado. Y me interné en el pasillo que llevaba a la escalera de salida. Un grito me paró.

—Racista. Tú eres un racista.

Me volví para ver quién merecía tal insulto.

De pie, unos pasos más allá de donde estaba yo, había un chico más o menos de mi edad. Estaba parado y observaba a un muchacho delgaducho con pinta de marroquí, que justo en aquel instante se echaba a correr.

Al pasar por mi lado, el marroquí gritó:

—¡Racista! Me ha pegado.

Y subió de tres en tres los escalones de la escalera de salida a la calle.

En un santiamén lo perdí de vista.

Me di la vuelta para ver otra vez al imbécil que había provocado el incidente. Era, efectivamente, un chico de mi edad. Llevaba un chándal, iba despeinado y bastante desaliñado. Parecía salido de una novela de Marsé.

Lo fulminé con una de mis miradas asesinas. Se lo merecía, por racista. Qué asco. Me volví con un gesto muy evidente, como diciéndole «Tío, que te den», y empecé a subir la escalera. Entonces noté unos pasos detrás de mí. Volví la cabeza disimuladamente para ver si era aquel macarra el que me seguía. Sí, era él.

Subí los tres últimos peldaños al galope. No quería tratos con un xenófobo. Y detrás de mí él también aceleró el paso.

Oí que gritaba:

—¡Eh, tú!

No sabía si me lo decía a mí, pero no tenía ni la más mínima intención de descubrirlo. Casi me eché a correr. El tío del chándal despertó en mí unas vibraciones que no me gustaron.

—Oye, que te han robado esto.

¿Iba por mí? ¿Qué me habían robado? ¿Y quién?

—El monedero...

Me paré y vi al del chándal de pie en la boca del metro, aún en el penúltimo peldaño, con mi monedero en la mano. ¡Caramba! Sí allí llevaba la mitad de mi capital: las pelus de los canguros que había hecho durante las tres últimas semanas...

—Pero ¿cómo es posible...? —empecé a decir, como si lo dijera para mí misma.

Y, entretanto, comprobé el cierre de mi cartera, que alguien se había entretenido en desatar con mucha habilidad. Tanta, que ni siquiera me había dado cuenta de que la habían abierto, habían metido la mano y habían sacado el monedero.

—Aquel muchacho te había robado esto. Es tuyo, ¿no?

Me acerqué, bajé un peldaño, me puse a su altura y se lo cogí. Aunque le estaba agradecida porque me devolvía el monedero, aún no me fiaba mucho. ¿Quería decir que el marroquí me había quitado el monedero?

—Es mío, sí. Muchas gracias —le dije, cogiéndolo. Obligado seguramente por mi expresión de duda, el chico se explicó—: Te lo ha robado allí, en la escalera mecánica. Cuando el que estaba delante de ti ha tropezado y tú has chocado con él.

Visualicé al hombre de la sonrisa cálida.

—¡Ah, sí!

—Entonces, el otro, el muchacho que acaba de irse corriendo, ha aprovechado para meterte la mano en la cartera. Es un truco muy común.

De repente, se hizo la luz en mi cerebro. O sea que el «racista» no era tal «racista». Lo miré con simpatía.

—¿Y le estabas reclamando que me lo devolviese?

El chico puso una cara divertidísima. Me dieron ganas de reír, pero lo escuché con seriedad.

—Sí —respondió—. Pero he esperado a que no estuviéramos cerca de los guardias, para que no lo... Ya me entiendes, para que no lo detuvieran. Ya conoces el dicho: «Nadie viaja en patera para chorrar una cartera».

No sé cómo había podido pensar ni por un instante que podía ser un racista, si estaba claro que era un tío decente... Además, estaba bastante bien. Tenía cara de simpático, un poco pinta, pero buen tío. Me gustaba su pelo alborotado: tenía aspecto de fuerte, de bien arraigado al cráneo; daba ganas de pasarle las manos por encima para alisárselo. Los ojos, de color oscuro, brillaban, como si estuvieran a punto de echarse a reír. Me encantan los chicos que ríen y te hacen reír. No aguanto a los agonías.

Le sonreí para hacerme perdonar.

—¡Vaya, lo siento! Creía que... no sé. Que le estabas...

—Sí, ya lo sé —dijo él. Y, entonces, empezó a hablar con una voz nueva, como si imitase al muchacho fugitivo—: «Racista, me ha pegado».

Ahora sí que se me escapó la risa. Él hizo una mueca muy simpática, como diciendo: «Ya se sabe, la vida es muy dura para estos tipos».

—¿Vas... vas para fuera? —me dijo.

Era para partirse.

—Claro, hombre, ¿adónde voy a ir, si no?

Y salimos juntos a la calle.

—Me llamo Juan —dijo.

—Y yo, Carlota.

Los dos nos quedamos parados un momento. No sabía si Juan pensaba que tenía que estrecharle la mano, pero consideré que no pegaba. Más bien parecía que tenía que darle un beso. Por haberme devuelto el monedero. Y por

no ser nada racista. Y por ser tan simpático. Pero, finalmente, no hice nada, como una tonta.

—¿Y qué haces? —me preguntó.

Y por un momento me pregunté si era capaz de leerme el pensamiento, de saber que dudaba entre distintas cosas: darle la mano, darle un beso... Y entonces me di cuenta de que no, de que era tonta, de que me estaba preguntando qué estudiaba.

—Primero de bachillerato.

—Yo, segundo. Bueno, y también hago pequeñas investigaciones privadas.

—¿Investigaciones privadas? —Me había dejado de piedra.

—A pequeña escala —dijo—. Bueno, y a veces a gran escala, porque me he visto metido en unos líos... De hecho, mis amigos, los que me conocen, me llaman Flanagan.

—¿Flanagan? ¿Ah, sí?

Estaba boquiabierto.

—Sí. Bah, es que me gustan mucho las novelas y las películas policíacas...

—A mí sobre todo me gusta leer.

—¡Ah!

Por la exclamación no parecía que leer formase parte de sus intereses más inmediatos. No me dio tiempo a decir nada; en seguida me preguntó:

—¿Has visto *Fargo*?

—No.

¡Jo! En aquel momento habría dado cualquier cosa por poder hacer que el mundo diera marcha atrás y meterme en un cine a ver la peli. Me sentía como una mema.

—¿Y has visto *El juramento*? —dijo, sin dejarse intimidar por mi ignorancia.

—¿La de Jack Nicholson? —dije, con esperanza. Si se refería a esa peli, entrábamos en terreno conocido.

—Efectivamente.

—Sí. Sí que la he visto. Es la adaptación de una antigua novela de Dürrenmatt, *El juez y su verdugo*. La leí en una edición antigua que tiene mi madre, que por algo es bibliotecaria. Era un libro buenísimo. Bueno, como todos los suyos. Es un gran autor.

Me callé, avergonzada. Me iba a tomar por una repelente insoportable.

Entonces disparó él:

—Y Nicholson es un gran actor, aunque a veces sobreactúa, haciendo demasiados gestos. ¿Sabes cuál me gustó mucho? *Shiner*, con Michael Caine, ¿la conoces? Caramba, Michael Caine interpreta a un viejo mafioso que tiene un hijo y se le mete en la cabeza que su hijo sea boxeador, y en seguida se ve que el hijo es un pobre desgraciado, que no tiene ni media bofetada y que nunca llegará a ninguna parte como boxeador, pero el padre se juega todo lo que tiene, todo, porque él también es un desgraciado, arruinado y no tan importante como parecía al principio... Es cojonuda.

Me dije a mí misma que después de aquel discurso resultaría inverosímil que me considerase una repelente...

Vi con el rabillo del ojo un escaparate repleto de cartenas del colé y carpetas de plástico y me detuve delante de aquella papelería.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—Aquí —respondí, muy explícitamente.

—¿Aquí?

Parecía que estuviera en Babia y que una papelería le resultase más rara que si me hubiera parado delante de la puerta de una funeraria.

—Sí. Voy a comprar una libreta.

Pensé que quizá había llegado el momento en que se despediría de mí.

Flanagan dudó unos segundos. Lo noté, pero en seguida se recuperó.

—¡Ah! Pues entro contigo. Yo también tengo que comprar un rotulador.

Era una papelería pequeña, de barrio. De las que tienen caretas de cartón para carnaval y lápices de colores de marcas del año de Maricastaña, y periódicos y algunos libros...

Detrás del mostrador había una señora más bien gordita, con unas gafas pequeñas apoyadas en la punta de la nariz, sujetas con una cadena metálica roja. Por lo que se veía, había llegado a esa edad en la que, según mi madre, ya no ves lo suficiente para leer ni recuerdas dónde has dejado las gafas. Parecía amable.

—¿Qué queréis, majetes? —nos dijo.

Un poco más amable de la cuenta. Hasta algo empalagosa.

Me volví hacia Flanagan y le hice un gesto que quería decir «tú primero». Ya se sabe, yo soy muy educada.

—No, no —dijo él—. Pide tú.

—Quiero una libreta con las tapas rojas, cuadriculada y de espiral.

La señora se fue hacia una de las estanterías y, cuando volvió a mirarme, llevaba en la mano una libreta de espiral, pero con las tapas azules.

—No, no, señora. No la quiero azul, la quiero roja. ¿No tiene?

—Ay, sí, guapa. Qué cabeza tengo —dijo ella, volviéndose hacia la estantería.

—La necesito roja porque la quiero para escribir un diario sobre sexo: *El diario rojo de Carlota*.

Me pareció que Flanagan y la señora se quedaban de piedra. Tengo que decir que más la señora que Flanagan.

—Escribiré todo lo que descubra sobre el sexo y todo lo que se me ocurra —insistí, sin hacerme la estrecha.

—Ah, buena idea —dijo Flanagan, con un tono que parecía más adecuado para dar el pésame.

La señora aún rebuscaba entre las libretas. A ver si resultaba que no le quedaba ninguna de color rojo.